

LA CIUDAD DE LAS PALABRAS

Barcelona es una ciudad lunar, tiene dos caras. La secreta y oscura, misteriosa y compañera. Y la Barcelona sorprendida de una luz que invoca la mirada de las calles. Algunas noches, la luna mediterránea se instala sobre la ciudad como un regalo de los dioses. Empieza por invadir tímidamente el puerto dejando sobre el agua una larga estela nacarada. Luego, va subiendo descarada hasta quedarse quieta e impertérrita para seducir al oleaje de pinos que es el mar verde del Tibidabo y aposentarse, poco después, sobre la ciudad entera. Entonces, Barcelona, desde donde yo la veo, se transforma en una ciudad asombrada, en una orilla poética y vulnerada.

Barcelona es como una mujer, tiene dos almas. La interior: oscura, austera, artista, restauradora y bibliotecaria. La exterior: pintora, abierta, bohemia, flamenca, industrial y catalana. Barcelona es un poco anárquica y escritora, trabajadora y ordenada. Los barceloneses tienen fama de personas serias y románticas. Los barceloneses quieren parecerse a Barcelona. Los visitantes quieren conquistarla. Se lanzan a la ciudad con cautela, como si pisaran por primera vez la luna. La observan, la tantean y finalmente se enredan por sus calles, las bajan y las suben, desde el mirador del Tibidabo hasta el puerto y las Ramblas. Todos somos un poco Barcelona. Sin decirlo, propiamente, así es como pensamos los de aquí, que somos catalanes, exiliados, turistas y emigrantes. De todo un poco. Heterodoxos, en suma. En esencia, algo desenraizados. Turistas de luna y paraíso interno. En Barcelona no hay bandera, no hay himno, no hay ejército. Es un país literario, una tierra de siesta y acogida, una ciudad profunda y soñadora.

Yo he nacido en Barcelona. En mi casa había dos ventanas principales. La ventana sur que daba al mar y a Montjuic y la ventana norte que miraba al Tibidabo. A mi me gustaba mirar por la ventana. Inventar Barcelona a través de mi ventana. Entonces, Barcelona era una ciudad gris. El sol resbalaba por las azoteas de las casas como si se resistiera a entrar en ellas. En Barcelona hacía frío y eran escasas las buganvillas que se atrevían a sobresalir de los enrejados de jardines y terrazas. Las flores, entonces, se veían en los cementerios y en las iglesias. Barcelona parecía una ciudad triste por fuera pero cálida y entrañable por dentro. Barcelona, entonces, era desnuda y solitaria, por fuera, pero revolucionaria y tenebrosa por dentro. Los edificios de Gaudí, por ejemplo, tenían el hollín incrustado en las paredes. Eran contadas las personas que se detenían a mirarlos. Los poetas, de entonces, apenas salían de sus casas o de las librerías, donde recostados con otros libros, esperaban su momento. Muchos poetas de entonces estaban exiliados y, desde fuera, escribían versos dedicados a la ciudad fantasma. En aquel tiempo, en Barcelona se decía que Franco odiaba a los catalanes. Y

es probable que fuera cierto. Los barceloneses éran, somos, periféricos. Inapresables, No nos gusta el poder y, por tanto, aborrecemos también sentirnos sometidos, acosados. No somos de nadie, tampoco de nosotros mismos. Barcelona es una ciudad europea y africana. Una mezcla explosiva de Alejandría y San Petersburgo. Una rara combinación de rumba gitana y sardana.

Crecí en Barcelona pensando que esta era una ciudad de artistas y escritores. En mi barrio, Sarriá, vivieron los poetas Foix, Riba y Sagarra. En el barrio de Sant Gervasi, lo hicieron Joan Maragall, Mercé Rodoreda y Josep Carner. No hay barrios en Barcelona sin poeta o pintor que lo represente. Crecí en Barcelona, frente a mi ventana blanca, sabiendo que yo sería también escritora. Cuando empecé a escribir estaba convencida de que Kafka o Joyce, si vivieran ahora, hubieran venido a Barcelona a pasar una temporada a mi ciudad o bien a instalarse definitivamente en ella. En su lugar, llegaron García Márquez y Vargas Llosa, además de otros muchos escritores y poetas latinoamericanos. Vivieron en Sarriá, mi barrio, junto con Juan y Luis Goytisolo, Juan Marsé y Jaime Gil de Biedma. Cada barrio de mi ciudad se podría describir como el capítulo de una novela hermosa y emblemática. Con semejantes vecinos, crecí pensando que Barcelona era un paraíso literario. Una biblioteca viva, herida y luminosa. Un aparador libresco.

Pero en Barcelona, como en otras ciudades literarias, uno siempre está de paso. Esta ciudad es como la vida misma. No puedes instalarte en ella como si fuera el centro del universo. Barcelona te acoge pero no te exclusiviza. Barcelona es en sí misma una artista, una intelectual, una actriz de teatro continuamente seductora y transformada. Aprendí a escapar de Barcelona para regresar una y otra vez a ella y descubrirla. Los barceloneses en lugar de ir por ahí jactándonos con orgullo de tener una gran ciudad, nos encojemos de hombros y tratamos de referirnos a ella con modestia. Así es como suele hablar un escritor de su novela preferida. Así también es como el sabio amante esconde el amor grande y secreto de su amada.

En Barcelona, los padres llevan a sus hijos pequeños a la Rambla. La Rambla de las flores es el corazón de Barcelona. Este es un paseo casi obligado para un padre, para que el niño vea lo que es el mundo, el mundo plural, caótico, multirracial y excitante de la Rambla. En la Rambla se dan cita diaria el funcionario, el emigrante, el florista, el prostituto, el banquero, el poeta, el turista, el bailarín, el vagabundo, el loco y el, simplemente, ocioso. El colorido y la música de esa pequeña avenida que reúne la flora y la fauna de todo el universo es único e invariable. Es la Barcelona viva. Nadie lo detiene. Todas las lenguas del mundo se oyen en la Rambla, todos los colores. Todos los aromas del mundo se huelen en la Rambla, todos los sabores. Aquí se habla poco pero se dice mucho. Las casas permanecen cerradas al visitante hasta que, un buen día, se abren y cuando lo hacen es para siempre. Se ha dicho de Barcelona que es una ciudad con una cultura

múltiple. En Barcelona, por lo menos, conviven dos culturas, la catalana y la castellana que entre todas suman una. La cara blanca es catalana. La cara oscura, gitana y castellana. Barcelona tiene dos idiomas sabios, el catalán y el castellano. Aquí se hablan las dos lenguas espontáneamente. Barcelona se burla de guías turísticas. Existe y no existe. Barcelona es creadora, bruja y esdrújula como una escritora literata.

Barcelona podría ser como Los Angeles, pero es Barcelona. Barcelona podría ser Europa. Pero sigue siendo Barcelona. Las buganvillas florecen todo el año y el mar de pinos que limita la parte norte de la ciudad sigue intacto, ajeno y cínico frente a la explosión inmobiliaria. Después de la guerra, los barceloneses solían caminar deprimida y cabizbajos, perdida la mirada en la punta de los zapatos o concentrando la vista en el verde, rojo y ámbar del semáforo. Ahora, los barceloneses dicen sin decir (una manera de hablar típicamente catalana), que si al pasear por la ciudad mirais hacia arriba vereis otra Barcelona, la Barcelona de piedra, la Barcelona arquitectónica, la ciudad vanguardista y lunática.

Hay quien prefiere quedarse abajo, viviendo en las entrañas de la ciudad románica, gótica, modernista, secreta, vibrátil y nostálgica. Yo he decidido verla desde arriba, desde una casa con ventana y una mesa de escritura. Una casa desde donde puedo ver el mar, el puerto de Barcelona, sus edificios, la inmensa arboleda de pinos mediterráneos, el suave movimiento de los aviones y los barcos. Una ventana desde donde puedo escribir la ciudad, perderla y desearla.

UN CUENTO UNIVERSITARIO

-!Quiero ser escritora!- me atrevo a anunciar por fin al círculo más próximo de amigos y familiares. Lo declaro firme aunque timidamente pues algo me dice que éste no debe ser el momento idóneo para tomar decisiones de tal envergadura (tengo poco más de veinte años) ni mi propósito tan sencillo y prometedor como para limitarlo a la tarea única del desafío de la escritura. Debo apoyarlo en algo, me digo además. Como si para ser escritora no fuese suficiente la voluntad necesaria del aprendizaje de la letra y el descaro de confesar a cuatro vientos mi entusiasmo de futura novelista. Tengo que comprometerme con un trabajo extra a añadir al duro, solitario y difícil ejercicio de la escritura. Y se me ocurre que debería volver nuevamente a universidad y estudiar literatura. Todo esto sucede durante los últimos años del franquismo. La universidad está agitada, el país bulle por dentro, los españoles vivimos un ambiente de pretransición democrática muy estimulante para llevar a cabo cualquier tipo de proyecto intelectual, artístico y literario. O eso es lo que nos parece a casi todos.

Para entonces ya soy profesora en la escuela de bibliotecarios y he puesto en funcionamiento un centro de documentación sobre ingeniería. Me he convertido en una especie de embajadora de las ciencias de la documentación en España. Al decir de mi familia y de cualquier persona con cerebro útil y pragmático yo tengo, lo que se dice, un futuro asegurado. ¿Por qué tirarlo por la borda a costa de una decisión tan insensata como insegura? Hay quien piensa que estoy loca. No es ésta la opinión de Mariano de la Cruz, el entonces psiquiatra de la mayoría de escritores barceloneses. Si me aventuro a su encuentro es porque necesito oír la voz de una especie de juez imparcial que con su juicio infalible conceda vía libre a mis propósitos. Para ello, previa cita con él, le llevo el que considero mi mejor texto escrito hasta la fecha, el más auténtico. Al psiquiatra experto en escritores parece gustarle mi pequeña muestra de obra literaria. Desde el sillón salomónico de su despacho, mientras me mira fijamente a los ojos, dictamina:

-!Usted escriba, señorita! !Déjelo todo, vuelva a la universidad y escriba!

No lo pienso dos veces. Por supuesto, tiro por la borda cualquier futuro prometedor de directiva o empresaria. Abandono mi trabajo en la biblioteca aunque persisto en el de profesora de nuevos bibliotecarios. Me

reconforta alternar mi trabajo de escritora-estudiante con la tarea docente. Y regreso nuevamente a mi casa universitaria. Allí transcurren los tres años si no los más felices (la felicidad es una palabra prohibida) sí los más intensos y enfebrecidos de mi vida literaria. Quiero aprender y leer a fondo la mejor literatura. Sueño, y habría dado un dedo de mi mano izquierda por ello, con encontrar el maestro o la maestra capaz de orientar mis pasos por el largo y arriesgado peregrinaje literario. Y si bien no tengo la suerte de dar con el gran mentor se me ofrece la oportunidad de ser alumna de algunos profesores que por encima o por debajo de su labor docente aman, veneran y adoran la literatura. Alumnos y profesores compartimos el mismo hechizo libresco. Entre estos: Marco, Blecua, Izquierdo y mi querido Valverde. Gracias a ellos puedo comprobar que en la universidad, al margen de los títulos académicos, uno puede contagiarse de literatura. Lo cual ya es mucho pedir a una universidad de época franquista así que no digamos para cuando la universidad deje ya de pertenecer a un gobierno autoritario.

A los pocos días de empezar las clases me incorporo al grupo de alumnos aprendices de escritores. No somos pocos, en su mayoría estudiantes hispanoamericanos y con un aire a lo Che Guevara bastante sigular y divertido. Entre clase y clase y en el mismo atrio de la facultad de letras, nos leemos mutuamente nuestros escritos creativos. Intercambiamos libros y autores descubiertos. Participamos como cotorras en la clase de literatura hispanoamericana. La profesora encargada de dar esta materia conoce a varios escritores latinoamericanos que visitan Barcelona o bien se quedan a vivir una temporada más o menos larga. Los invita como conferenciantes. Termino casándome con uno de ellos pero esto, que es anécdota aparte, no deja de significar el ambiente cordial y entusiasta de las clases. Bebemos literatura a todas horas a excepción de aquellas en las que a la profesora le da por escribir en la pizarra: HUELGA PERSONAL. Y debido a esta decisión seguramente arbitraria pero también respetable dejamos aquel día de tener clase. Lo cierto es que pese a las huelgas de alumnos y profesores aprendemos literatura. Leemos y escribimos como locos. Muere Franco y ya soy novelista y escritora. Los años siguen pasando. Escribir, pese al ordenador, sigue siendo un trabajo lento aunque agradecido. El tiempo suele jugar a favor de la sabiduría de la escritura. Lo importante es no perder la fiebre, permanecer habilmente contagiada. Letraherida.

-!Quiero ser escritora! -me asalta de pronto una alumna, tres o cuatro años atrás y a pocos meses de graduarse como bibliotecaria. Lo dice tímidamente y como sin atreverse a preguntarme si ha elegido el camino correcto. Se trata de una confesión vocacional en toda regla, un secreto que quiere compartir conmigo y, acaso, solamente conmigo. Lo primero que me viene a la mente es repetirle aquella frase evangélica tan cargada de sentido: !Déjalo todo y sígueme! Consigo reprimirla. Pienso también en aconsejarle una entrevista con el psiquiatra experto en escritores. Pero finalmente gana la voz de la experiencia y aunque nada convencida de mis palabras le aconsejo:

-¿Por qué no te matriculas otra vez en la universidad y estudias literatura?

A la alumna mi propuesta no le parece una mala idea y responde que probablemente eso será lo que haga: estudiar literatura.

Hace poco tiempo, el lunes catorce de abril, para ser exactos (y lo recuerdo porque yo estoy leyendo en el periódico un artículo de G. Tortella en el que subraya: “el corporativismo y el localismo universitarios hoy priman a todos los niveles sobre el rigor y la profesionalidad”), la alumna en cuestión da conmigo por teléfono.

-!Ya soy bibliotecaria, y soy también licenciada en literatura y disfruto de una beca de investigación para escribir mi tesis de doctorado sobre teoría literaria...!

-¡Estupendo! ¡Enhorabuena...!, voy a responderle yo. Y antes de que pueda felicitarla y alegrarme con ella por sus éxitos, la futura profesora de teoría literaria me interrumpe:

-Pero ya no escribo. Nunca escribiré. Nunca seré novelista ni escritora.

Con la detención del dictador Pinochet la literatura está de fiesta. Y eso por tantas razones que por lo obvias ni siquiera se mencionan. El dictador chileno como otros dictadores del mundo hizo correr ríos de tinta sobre su figura de crueldad reconocida y sobre los muertos, desaparecidos, torturados y exiliados que cayeron bajo su bota. Pinochet, para desgracia nuestra, es también un poco nuestro dictador. No quiero decir que sea el dictador preferido de novelistas y escritores. Hitler seguramente se llevaría la palma en la lista bibliográfica de desgracia humana. Su crueldad bestial fue también más alabada y luego más largamente denostada. A Pinochet los escritores de esta país llamado España lo hemos sentido como una derivación de Franco. Cuando Franco moría y finalmente terminó muriendo su leyenda negra y devastadora la vimos resucitar nuevamente en la figura de Pinochet. Cuando nosotros nos recuperábamos de la larga dictadura y los escritores de mi generación apenas si hacíamos referencia a Franco, en Chile, Argentina y Uruguay aparecieron distintas versiones de dictadores que no eran más que replicas de un solo dictador vestido con distintos uniformes. La literatura comenzó su carrera de testimonio denuncia. Los escritores exiliados recorrían el mundo y han sido tantos, y son tantos que hasta parece que la condición de ser escritor sea también la de exiliado.

De ese dictador base, modelo o, la literatura, para desgracia nuestra, ha llenado la mayor parte de las páginas de este siglo que termina. La literatura debería empezar a preguntarse qué hubiera sido de ella sin la existencia de estos múltiples actores históricos del genocidio. Los muertos, para desgracia de la literatura, ya no pueden hablarnos de ello. Algunos que tuvieron la valentía de anunciarlo o preverlo fueron ajusticiados por esas mismas manos de hierro. Otros, e incluiría aquí a la mayoría de los grandes escritores y escritoras de esta segunda mitad de siglo, transformaron el silencio del miedo a la bestia en el vocerío más eterno, rotundo y emblemático de denuncia y testimonio del horror de todo género de dictaduras. La literatura, la gran literatura, si no ha muerto o peso a lo anunciado nunca termina de morir del todo ha sido precisamente porque es el arma, acaso la mejor arma, de respuesta y rebeldía en contra de cualquier clase de dictadura. La lástima es que esta arma que apunta alto y fino es de lento retroceso. Cuando por fin dispara, el dictador lleva años medio moribundo o muerto. Con la detención del dictador Pinochet, la literatura, para satisfacción de ella, casi ha llegado a tiempo de apuntar con la verdad de la memoria la sinrazón de otra de las peores dictaduras. La literatura está de enhorabuena porque finalmente un dictador puede ser detenido en vida y consecuentemente juzgado y castigado por sus crímenes contra la humanidad. La literatura está encantada porque la realidad, por una vez, se ha adelantado a la memoria histórica y literaria y al pretender juzgar a un dictador juzga de antemano toda la posible ferocidad de los dictadores futuros. La literatura está feliz porque un hecho tan evidente y esperado

como puede ser la detención internacional de un dictador nunca, que yo sepa, fue escrito previamente. Los miles y millones de libros y novelas que se han escrito y publicado para dejar memoria de estos horrores y que sirvieran de espejo (inútil, por otra parte) a la historia para que esta no volviera a repetirlos nunca inventaron una historia igual o parecida a la que ahora vive el mundo con la detención y posible juicio contra Pinochet.

Parece extraño y sorprendente que ningún escritor haya escrito jamás una novela tomando como argumento y feliz desenlace un tema tan obvio, por otra parte, como la detención de un dictador (Pinochet, en este caso) y su posterior juicio. Ahora que vivimos como un hecho natural este proceso al dictador chileno no nos preguntamos sobre la razón de por qué nadie se atrevió a llevar a cabo este proceso secular y mucho menos nos interrogamos sobre la ausencia de novelas que previeran estos acontecimientos. Se dice que la literatura es un arte profético por excelencia. Vienen a cuento ahora unas palabras que George Steiner, gran testigo oidor de la vida de este siglo, me dijo a propósito del don de predecir de toda literatura. “Siempre me pareció raro, dijo Steiner, que ningún escritor hubiera anunciado en sus libros la futura caída de la Unión Soviética. Es tal vez el único acontecimiento de la historia que la literatura no se ha ocupado de avanzar cual es su costumbre”. Si la detención de Pinochet es un hecho histórico por ser el primer caso en la historia y por lo que este proceso sirve de precedente, también la literatura lo ha pasado por alto. Este silencio tal vez no quede explicado mediante el argumento de inverosimilitud de una historia como esta. A nadie, hasta ahora, se le podía pasar por la cabeza que un dictador fuera juzgado en vida y procesado por el derecho del mundo. La literatura trabaja con verdades reales o aparentes. Lo que no tiene apariencia de verdad nunca podrá ser novelado a riesgo de hacer con ello un mal libro pero. Por el contrario, lo literariamente inverosímil sí puede tener lugar en la vida real y ser vivido como la cosa más natural del mundo. La literatura es la..... del dictador. En literatura se dice que eso que llaman imaginación es la memoria. Que eso que llaman verdad es el dolor o la cicatriz de la herida. Y que eso que llaman inspiración es el estilo. Con la detención de Pinochet la literatura está de fiesta. Y cuando la literatura está de fiesta, por suerte para ella, no escribe.

EL DICTADOR YA NO TIENE QUIEN LE ESCRIBA

Nuria Amat

Con la detención del general Pinochet la literatura está de enhorabuena. Y eso es así por varias razones. El dictador chileno, al igual que tantos otros dictadores en el mundo, ha generado ríos de tinta y sangre en contra de su figura de crueldad reconocida así como sobre los muertos, desaparecidos, torturados y exiliados que cayeron bajo su bota presidencial y golpista. Porque Pinochet, para desgracia nuestra, es también un poco nuestro dictador. No quiero decir con ello que sea el dictador preferido de novelistas y escritores. Cuando es hora de escribir y denunciar relatos genocidas todos los dictadores se parecen. Brotan de un molde común. Todos son igualmente detestados y menospreciados por la escritura, esa marca imborrable que retrata el alma y la profunda verdad de las palabras. Pero a Pinochet los escritores de este país de aquí lo hemos sentido como una dramática y ridícula prolongación de Franco. Cuando Franco moría, como fue cierto que finalmente terminó muriendo, su leyenda negra y devastadora la vimos resucitar de nuevo en la figura de otro dictador, chileno para más señas, de nombre Pinochet. Entretenidos en disfrutar de una libertad desconocida, los escritores de mi generación, por aquello de que el olvido nunca olvida, apenas quisimos hacer referencia a Franco en nuestros libros y novelas. Y escribir sobre el dictador podía significar de algún modo un involuntario intento de perpetuar su imagen. Mientras los de aquí nacíamos a la libertad buscada y esperada, en Chile, Argentina y Uruguay aparecieron de pronto diferentes versiones de dictadores que eran réplicas de un mismo dictador vestido con uniformes distintos. La literatura reinició así su tremenda carrera de testimonio y denuncia. Los escritores exiliados empezaron a recorrer el mundo. Y fueron tantos, siguen siendo tantos que a partir de ahora parece como si la condición de exiliado suponga un requisito básico para convertirse en escritor.

La literatura de este siglo que termina ha dedicado la mayor parte de sus páginas a la narración de las crueldades cometidas por aquel dictador modelo, caricatura y prototipo de tantos dictadores. La literatura en lugar de inquietarse sobre la supervivencia de sus géneros narrativos podría empezar a preguntarse qué hubiera sido de ella sin la presencia constante de estos múltiples actores de la barbarie. Muchos escritores que tuvieron la valentía de anunciarlo en su día o preverlo en el tiempo fueron callados y asesinados por orden de esas garras de hierro. Por fortuna ha habido otros (e incluiría aquí a grandes escritores y escritoras de esta segunda mitad de siglo) que consiguieron transformar el silencio del miedo a la bestia en un vocerío portentoso y eterno. Si la literatura no ha muerto tal vez sea precisamente por su condición de arma arrojadiza, acaso la mejor arma de respuesta y

rebeldía en contra de cualquier clase de dictadura. Lo terrible es que esta arma que apunta alto y fino sea siempre de acción retardada.

Pero hoy la literatura está de celebración festiva porque finalmente un dictador, en condiciones normales de la vida ordinaria, ha sido detenido con la intención de procesarlo por sus crímenes. La literatura está encantada porque la mejor novela nunca escrita se ha adelantado a sus deseos memorísticos. La literatura está asombrada porque un hecho tan evidente y esperado como puede ser la detención y posible juicio a un dictador nunca, que yo tenga noticia, fue narrado previamente. Los miles de libros escritos para dejar memoria de los horrores del siglo jamás inventaron una historia parecida a la que ahora está viviendo el mundo con la detención del general Pinochet.

Se dice que la literatura es un arte profético por excelencia. A propósito de este don literario de predecir las cosas, George Steiner, uno de los mejores sabios y eruditos de estos tiempos, me comentó una vez: “Siempre me pareció raro que ningún escritor hubiera anunciado en sus libros la futura caída de la Unión Soviética. Es tal vez el único acontecimiento de la historia que la literatura no ha avanzado en sus páginas cual es su costumbre”. Si la detención de Pinochet es un asunto histórico, tal y como nadie puede dejar de ver a estas alturas, en esta ocasión la literatura también lo ha pasado por alto. Lo más deseado en la imaginación de tantos individuos nunca fue escrito. Es posible que este silencio literario que ahora nos sorprende quede explicado con el argumento de inverosimilitud que pueda tener una historia como ésta. El deseo de que un dictador fuera por fin detenido y juzgado en condiciones ordinarias, fuera de una revolución, se veía siempre como algo imposible. Impensable, en suma. Lo que no tiene apariencia de verdad nadie se atreve a novelarlo por temor a escribir con ello un mal libro. Por el contrario, aquello que la literatura aparta de sus páginas dado su cariz inverosímil puede sin embargo llegar a acontecer en la vida real y ser vivido entonces como la cosa más natural del mundo. La literatura es la enemiga más feroz y casquivana de todas las dictaduras. En literatura se dice que esto que llaman imaginación no es nada más que la distracción de la memoria. Que eso entendido como verdad son sombras subjetivas del dolor, cicatrices de la herida. Pero, ahora, con la detención de Pinochet la literatura está de fiesta. Y cuando la literatura está de fiesta, por suerte para ella, no escribe.